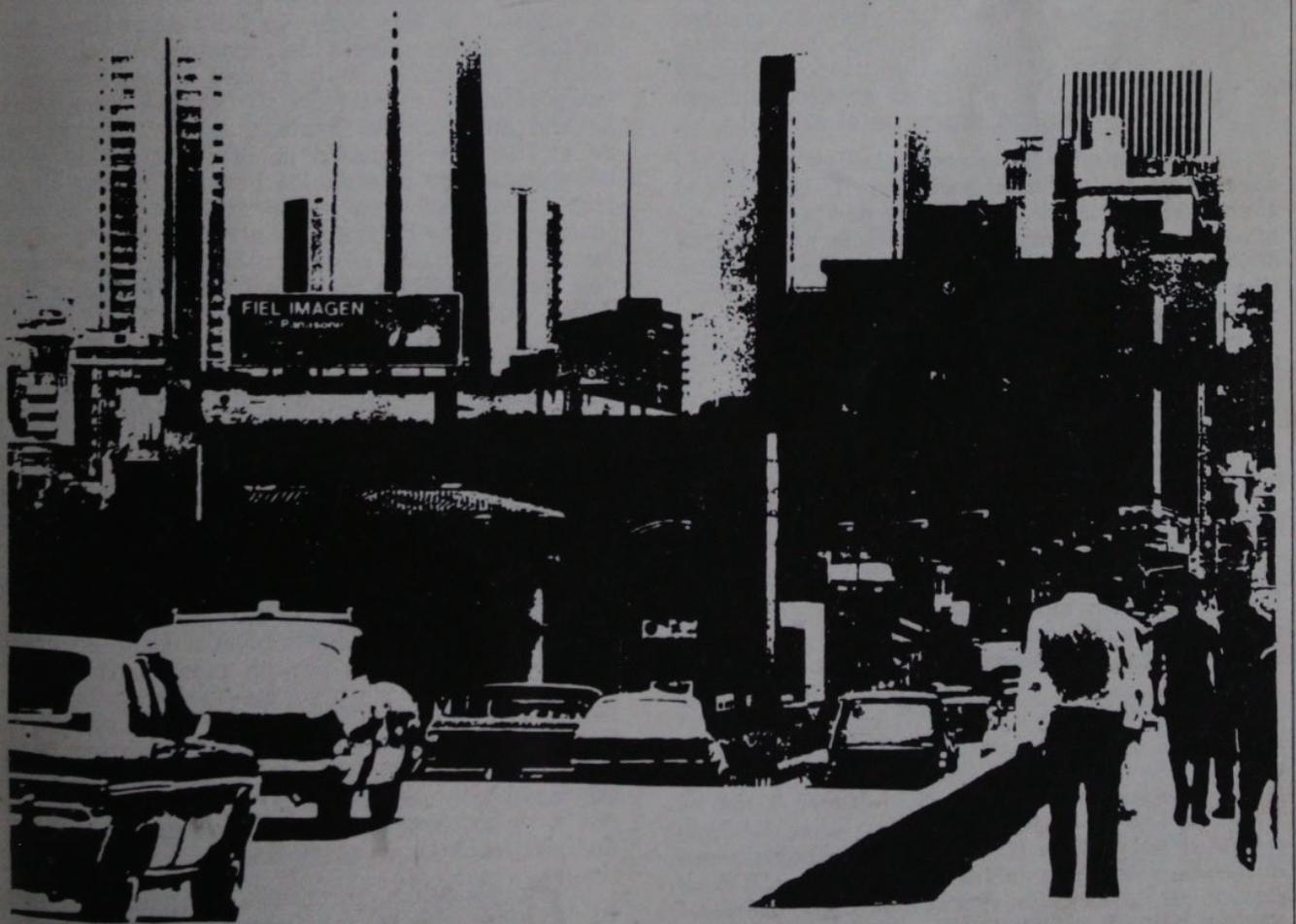


Medellín: el centro de la Ciudad y el ciudadano

(NOTAS APROXIMATIVAS)



Fernando Viviescas M.



Y todas las noches
allá arriba en el Barrio Caicedo
Doña Ofelia
preguntaba
a su marido:
“¿Qué diablos se queda haciendo
este muchacho
tanto tiempo en el Centro?”

* * *

Al atender a un llamado por la recuperación del Centro de la ciudad, de cierta manera, no hacemos otra cosa que responder a algo que siempre ha funcionado como tendencia en nuestro inconsciente: se trata de un afán irreprimible por encontrar los monumentos y los espacios, los sitios y las edificaciones, los perfiles y los ambientes que permitan identificarnos como ciudadanos y que así, de alguna manera, podamos retomar la lectura de la ciudad que hace tiempo, apenas iniciada, se nos interrumpió. Buscamos, pues, dónde fijar un recuerdo que nos brinde la posibilidad de articularnos a la memoria colectiva.

En este sentido, la pretensión de recuperar el Centro de Medellín es una forma de materializar un deseo. Es la búsqueda de nosotros mismos, de nuestra historia, en momentos en los que, también a través de movimientos inconscientes, se nos ha ido tornando evidente que los procesos productivos y sociales a los que ha sido sometida la ciudad han ido destruyendo la posibilidad de consolidar un Centro ciudadano; cuando es claro que se ha ido arrasando, ante nuestra impotencia o con nuestra complicidad, con todo un código de referencia espacial sin haber creado un reemplazo que con dignidad compense el arrebato.

En este punto la angustia individual ha de dar paso a la inquietud social que indaga por el contexto histórico de la ciudad y por la forma como se ha dado su evolución. No sólo para ubicar el itinerario que ella siguió en el cambio cualitativo de pueblo a ciudad, sino para iniciar la formulación de la pregunta que en esta noche nos ha reunido aquí: ¿Hasta dónde es pertinente plantearse la posibilidad de una recuperación del Centro de Medellín?

I

Hablar de cualquier urbe en particular significa acercarse a una forma específica de ciudad, que llega a configurarse a partir de una combinación única de circunstancias históricas, cultu-

rales, económicas, sociales y políticas que la identifican y que paralelamente obligan a mirar esa identidad no como una configuración aislada y estática sino como una acción dinámica, como un proceso de construcción de una determinada espacialidad y al mismo tiempo de la fundación de la vigencia, en cada momento, de un particular modo de relación entre esa espacialidad y sus habitantes y constructores.

En este contexto, cuando hablamos aquí y ahora de Medellín y de la necesidad de recuperar su Centro es claro que nos referimos a la ciudad contemporánea y al más o menos inmediato pasado que la constituyó. De ninguna manera hacemos alusión al pretérito remoto, a los orígenes de la Villa de la Candelaria, pues ésta ubica su historia en un ámbito socio-económico completamente diferente. Hablamos, pues, de Medellín en un cuadro definido: el que enmarca el desarrollo capitalista del país en el presente siglo.

Enfatizar esto es importante especialmente por el tema particular que nos ocupa. No somos de los que abogan, inútil pero eficientemente (en especial en términos políticos) por una perspectiva de conservación urbana a ultranza y que con una intención reaccionaria pretenden renovar románticas aproximaciones a la imagen puebleril y provinciana de la ciudad a finales del siglo pasado y principios del presente. Estamos también muy lejos de aquéllos que tratan de ubicar en Medellín un ambiente urbano y ciudadano, acabado y consolidado, con anterioridad a la tercera década de este siglo. Su falta de análisis, por un lado, su ignorancia del proceso histórico que gestó la fundación de la ciudad colombiana contemporánea y, sobre todo, su temor a tomar una actitud consecuente frente a la práctica actual de la llamada industria de la construcción y el urbanismo, por el otro, los llevan a ubicar ilusorias formas urbanas en un ambiente en el cual justamente los procesos contradictorios y dinámicos, creados por el desarrollo capitalista y que son los que definen su ciudad, en este caso a Medellín, nunca tuvieron lugar.

Lo hacemos así porque, como se sabe, los procesos de comparación sólo tienen sentido en un contexto donde las referencias son equiparables y, metodológicamente, es un error craso comparar la ciudad actual —y el proceso que le dio origen— con la bella, tranquila y sosegada Villa que se asentaba en el Valle de Aburrá hasta antes de la primera guerra mundial.

Nuestra historia comienza justamente ahí. Es decir, en el momento en el cual esa tranquilidad, ese sosiego y ese ambiente puebleril fueron arrasados definitivamente por un movimiento inexorable que ni siquiera tuvo sus inicios aquí en Medellín, sino que está incrustado en el centro de las transformaciones históricas de nuestro país: la articulación definitiva de Colombia al desarrollo capitalista mundial que, entre otras muchas cosas, se ha caracterizado por sus procesos de industrialización y de urbanización.

Esta reflexión, entonces, acentuará las contradicciones de la configuración, construcción, utilización y destrucción del Centro durante el si-

* Este texto es parte de uno leído el 14 de abril de 1983 en el ciclo sobre la recuperación del Centro de la ciudad que organizó el Salón XX en Medellín. Obtuvo un primer premio en el concurso de trabajos del área de Artes y Humanidades organizado por la Asociación de Profesores de la Universidad Nacional, Seccional de Medellín en mayo de 1983.

glo XX y, por tanto, su evaluación ha de hacerse en torno a las consideraciones planteadas por esos mismos condicionantes y no comparándolo con el centro de la aldea más o menos grande que fue la ciudad hasta 1910-20.

El marco de análisis va a ser el proceso de urbanización de Medellín y las consecuencias que su desarrollo, a nivel espacial urbano, ha tenido durante los últimos 60 años en la configuración del Centro. Decimos el proceso de urbanización, pero más que referirnos a sus componentes cuantitativos —lo que casi siempre se pretende reducir a una insulsa presentación de datos estadísticos— vamos a tratar de enfrentarnos con los rasgos de los elementos cualitativos y, en particular, con el tipo de tratamiento que se le dio al proceso mismo desde los diferentes sectores sociales que se fueron conformando de manera paralela a la construcción de la ciudad y que a nuestro entender se encuentran a la base de la explicación sobre la configuración y calidad que ha tenido el Centro de Medellín y del estado que actualmente presenta.

Por supuesto, nuestro interés mayor se mantendrá limitado al aspecto espacial pero, como bien se sabe ya, el espacio en general y en particular el espacio urbano no son un simple problema de metros cuadrados sino que, muy al contrario, en tanto materialización física de formas de pensamiento y desarrollos históricos y socio-económicos la inscripción exacta de su reflexión se encuentra en el campo de la cultura. De allí que nuestro interés en las diversas interpretaciones que todo el proceso ha generado estriba fundamentalmente en lo que ellas mismas o, mejor, sus enfrentamientos y la forma como dichos enfrentamientos se desarrollaron, en tanto expresión de los diversos sectores sociales, tuvieron como efecto en la conformación de la clase particular de Centro de ciudad que tiene Medellín.

Entendemos que todas y cada una de aquellas interpretaciones del Centro, en ningún momento son imaginaciones o fantasías aleatorias de la gente y que su implementación no es obra de la espontaneidad de algunas personas o entidades.

Ellas corresponden articuladamente al conjunto de intereses históricos que los diferentes sectores sociales han tenido y defendido y, por tanto, las realizaciones verificables en y sobre la ciudad y su Centro corresponden exactamente a lo que cada uno de los sectores que, en los enfrentamientos y luchas, han logrado prevalecer han impuesto como Centro urbano al resto de la sociedad.

Esta concepción, por un lado, nos permite evitar las personalizaciones sin diluir las responsabilidades históricas y, por el otro, reivindica el derecho que todos los sectores sociales tienen de participar en la discusión por la construcción de la ciudad y, en consecuencia, refuerza la pertinencia de tratar ampliamente un tema tan delicado como este de la recuperación del Centro de Medellín.

II

Para iniciar la formulación de nuestra hipótesis hemos de decir que, paradójicamente, la discusión sobre la parte central de la Ciudad no es un tema tan novedoso ni, mucho menos, tan exótico como lo puede sugerir un evento como éste. Muy al contrario, la inquietud en torno a la forma y funcionamiento del Centro así como las luchas y movimientos por su ocupación y control han acompañado constantemente al desarrollo y crecimiento del Medellín actual desde su mismo nacimiento y nunca lo han abandonado. Es más, tales confrontaciones han alcanzado tan altos niveles de intensidad que la violencia ha tenido una presencia constante en el devenir cotidiano de la ciudad y ello ha determinado que la imposición y la represión sean unas características muy marcadas en las formas tanto de construcción como de ocupación que nuestra sociedad ha adoptado en relación con la ciudad y particularmente con su Centro.

Es decir, la no realización frecuente de foros en los cuales la ciudad sea el punto nodal de la reflexión, la ausencia de confrontaciones abiertas en las cuales los distintos sectores ciudadanos puedan exponer democráticamente sus puntos de vista con respecto al manejo y disfrute del Centro no significan, ni mucho menos, que esos problemas se hayan resuelto a través de la superación dialéctica de las contradicciones que un hecho social como el Centro de la ciudad implica y que, luego de ser asumidas las soluciones, se hubiese alcanzado un estado de introyección social cotidiana que se articuló a nuestro acervo cultural. Ha sido totalmente al contrario. Todo este silencio en torno al tema, esta no discusión del asunto, ha sido ciertamente uno de los resultados conseguidos con la aplicación sistemática y persistente de mecanismos represivos, sutiles y directos, que han actuado con una eficiencia absoluta: Han impedido por todos los medios la participación ciudadana en el proceso de diseño y construcción del Centro y han coaccionado permanentemente el disfrute de aquel espacio por la mayoría de nuestros ciudadanos. La permanencia de esta actitud es otra de las características de nuestro Centro y de la forma como nos relacionamos con él el conjunto de los medellinenses.

El peso específico de la actitud represiva ha sido tan grande que, incluso, ha logrado crear la falacia de que con respecto al Centro de la ciudad el ciudadano común y corriente nada tiene que decir ni hacer y por esta vía se ha llegado a naturalizar la más absoluta indiferencia con respecto a lo que pueda ocurrir en y con el Centro urbano, con la consecuencia inmediata de que los procesos y movimientos de conformación y dotación de los espacios más representativos de Medellín siempre se han dejado en manos de personas e instituciones —económicas y políticas— que las más de las veces las han tratado como un botín del cual hay que aprovecharse a discreción, sin tener para nada en cuenta el componente cultural de la calidad que ha de brindársele al ciudadano.

Esa persistencia de la represión, obviamente,

no ha sido más que el resultado del predominio de una actitud particular con respecto a lo que debe ser la configuración, planeamiento, organización, ocupación y disfrute de la ciudad, mantenida por parte de los sectores que han conservado el poder de decisión sobre el transcurrir ciudadano.

Nuestra hipótesis es que la concepción de la ciudad que ha sido dominante tiene dos aspectos esenciales que la caracterizan:

- a) Una resistencia inmensa, por parte de los sectores dominantes de la ciudad, a asumir el conjunto de transformaciones, esencialmente las ideológicas, políticas y culturales, que necesaria e inevitablemente implica el hecho histórico de la conformación de una ciudad, en este caso adecuada a un momento específico del desarrollo capitalista.
- b) Generada en el anterior se ha mantenido, por parte de los mismos sectores, una intolerancia absoluta con los puntos de vista y aspiraciones que en relación con el espacio ciudadano, han planteado y reivindicado los sectores obreros, populares e intelectuales de la población.

La combinación de ambas ha dejado en la mera salida impositiva la conformación del Centro de Medellín y en la violencia el rasgo más destacado de nuestro suceder cotidiano. No se ha logrado generar un movimiento que realmente convoque, excite y permita el indispensable espíritu unitario ciudadano que le ayuda a construirse un Centro, en el cual todos y cada uno de los diferentes sectores sociales encuentren identidad y formas de expresarse. Por el contrario, lo que se ha conseguido es que el Centro se haya ido forjando el carácter desapacible que hoy lo singulariza.

Una explicación aproximativa a este estado de cosas radica en que en Medellín la concepción predominante sobre lo que debe ser el Centro de la ciudad, a pesar de las distintas variantes que en tan corto tiempo ha tenido, nunca ha podido liberarse de la fijación infantil en el Centro pibleril que tenía en sus primeros años. Esta imagen obsesiva aún hoy funciona como un paradigma, materializado no sólo en la estructura urbana conservada por el resto de municipios del Departamento de Antioquia (la cual siempre se muestra como una apología de la paz y tranquilidad a que debe aspirarse) sino que incluso ha sido reificado en la maqueta de extraña escala que, como "El Pueblito Paisa", se colocó justamente en el Cerro Nutibara.

El efecto de esta fijación no se limita a la persistencia en su materialización física: *El marco de la Plaza Central presidida por la Iglesia Mayor*. Con consecuencias posiblemente más letales para la aspiración de la ciudad a construirse un entorno verdaderamente urbano, aquella obsesión tiene su principal eficacia en lo que simbólicamente un Centro de ciudad como aquél sustenta en términos de diferenciador social, vale decir, de jerarquizador y elitizante. En el Centro, marcado siempre por el parque, ha de ubi-

carse lo más importante del Pueblo-ciudad: La Iglesia, la alcaldía, la inspección, las familias más importantes (generalmente los dueños de la ciudad-pueblo) en fin, lo que ha llegado a simplificarse en el eufemismo "las fuerzas vivas de la ciudad". Es decir, el Centro está destinado para lo que se considera lo más limpio, lo más sano, lo más elegante, lo más presentable de la ciudad-aldea y de él debe excluirse, con tendencia hacia las afueras del pueblo, todo aquello que, aún mantenido bajo el control del Centro, representa lo contrario a lo que el marco de la plaza presenta y significa.

Esta imagen aldeana del Centro de la ciudad choca violentamente con la idea universal que entiende la urbe y especialmente su Centro, como un lugar cosmopolita y heterogéneo por excelencia, donde la jerarquización social precisamente tiende a desenvolverse entre la más abigarrada presencia, intercambio y, porque no decirlo, lucha, de cuanto saber, interpretación y comercio se presenta. Topa también, aquella imagen fijada, estática, con el dinamismo absoluto del centro ciudadano donde están en constante movimiento y agitación los más variados intereses, deseos y temores. Aquella jerarquizada apropiación del espacio contrasta violentamente con la democrática ocupación que la ciudad tiende a brindar al ciudadano, no sólo individual sino en lo que tiene como expresión cultural de los pueblos y de los diversos sectores sociales.

En último término, pero no por ello menos importante, aquella autocrática e indiscutible forma de distribuir y organizar el espacio del pueblo se enfrenta definitivamente con la inevitable tendencia, el inalienable derecho de todos los sectores sociales y de todos y cada uno de los ciudadanos, a participar en el proceso de diseño, conformación, construcción y ocupación ya no sólo del Centro de la ciudad sino de ésta en su totalidad.

Finalmente, aquella excluyente e intolerante concepción del Centro se resiste a dar paso a la ineludible configuración ciudadana de la permisividad de infinitos y libres comportamientos e interrelaciones sociales y personales.

Este conjunto de contradicciones, con sus transformaciones coyunturales y sus reinterpretaciones ideológicas, y su no solución positiva, esto es, democrática y progresista, es lo que ha impedido que Medellín haya logrado configurarse un Centro Urbano histórico y ciudadano o, más exactamente, que ahora, 60 años después de haber iniciado la construcción de esta ciudad en su expresión contemporánea, tengamos un Centro de ciudad absolutamente impersonal en el cual ningún sector social se encuentra e identifica y frente al cual, lo que es peor, nos da miedo que algunos de estos sectores, especialmente los más populares, se acerquen en función de apropiárselo y por lo tanto, porque no se presentan fórmulas adecuadas y pertinentes para constituirlo, preferimos seguir manteniendo una actitud eminentemente represiva la cual ha llevado a su destrucción sistemática, impidiendo, nuevamente, la consolidación de procesos que lleven a su configuración definitiva.

Esto no quiere decir, ni mucho menos, que el Centro de Medellín haya permanecido a nivel físico formal sin ninguna transformación; al contrario, la permanencia de la confrontación en las condiciones que hemos descrito, su no solución, ha activado un ciclo de construcción-destrucción-reconstrucción-redestrucción del Centro absurdo y constante, que no permite fijar ni el recuerdo ni la arquitectura, pues la forma de activar el mecanismo ha variado siempre de acuerdo con la evolución de los intereses económicos y políticos de los grupos dominantes.

De acuerdo con eso podemos distinguir varios períodos en los cuales se pueden identificar las incidencias que las transformaciones estructurales que ha sufrido la ciudad han dejado sobre el espacio del Centro y que sumadas las unas a las otras —pues nunca se ha podido contar con una coyuntura que supere a su precedente— son las responsables de que ahora, casi al finalizar el siglo, cualquier medellinense pueda preguntarse pertinentemente: “Recuperar, ¿cuál Centro de Medellín?”.

Primer período: La resistencia a Guayaquil

Hemos dicho que la confrontación por el dominio del Centro de la ciudad ha acompañado su desarrollo histórico desde el principio y, hemos agregado, que la actitud prevaleciente en Medellín no ha tenido la capacidad de comprender y aceptar lo urbano por mantener una actitud negativa frente a lo nuevo, culturalmente hablando.

La construcción de un Centro urbano, radicalmente diferente al ancestral de la Villa de la Candelaria, le fue impuesta a Medellín desde las primeras dos décadas del presente siglo. La materialización arquitectónica y urbanística de aquella exigencia estructural tuvo su ubicación y expresión en Guayaquil. Pero paralelamente a su localización y construcción el Medellín tradicional, el dominante, iba gestando una actitud que nunca aceptó a Guayaquil sino en lo que económicamente representaba: como ubicación del centro de abastecimiento de los medios de consumo (La Plaza de mercado) y como localización del medio de transporte interregional tanto de mercancías como de fuerza de trabajo (La Estación del Ferrocarril). Con respecto a lo que Guayaquil cultural y políticamente representaba e implicaba, por parte del Medellín ancestral siempre se configuró una posición negativa: se le veía como un mal necesario; su construcción, crecimiento y consolidación siempre fueron mirados como el precio que había que pagar para seguir formando y acumulando riqueza, y nunca se formuló la intención de integrarlo a la ciudad y de ver hasta qué punto su conformación representaba para la Villa de la Candelaria la consecución de un status históricamente necesario.

Posición absurda que sólo se sostenía en el afán de parte de las clases que tradicionalmente habían mandado en la ciudad, por mantener sus privilegios y seguir imponiendo sus formas de vida y de existencia. Posición también contradictoria pues lo que se estaba erigiendo en Guayaquil era en última instancia lo que los propios desarrollos de aquella dominación requerían para poder mantenerse.



En efecto, Medellín, como Centro comercial de la industria cafetera y como asentamiento de los inicios del desarrollo industrial colombiano, había iniciado la vinculación de esta región al desarrollo económico que el país estaba experimentando y que 20 años más tarde, en la década de los cuarenta, se iba a consolidar definitivamente. Esto hacía que la ciudad tuviera que abrir campo, nuevos espacios, para ubicar las funciones que este salto cualitativo impulsaba.

Se asignó para la ubicación de estas estructuras al sector de Guayaquil que hasta ese momento, como lo dijera Tomás Carrasquilla, "...era un lugar medio desierto, medio remoto, donde se sentía la soledad y el silencio". Quedaba, pues, en lo que pudiera llamarse las afueras del Centro de la ciudad. Con esa localización se lograba, desde los inicios, situar estas nuevas actividades y su arquitectura cerca pero alejadas del Centro mismo y se conservaba éste tal como estaba, sin ninguna transformación: limpio y reluciente.

La Plaza de Mercado, su construcción y presencia en el devenir ciudadano, no sólo reemplazó al tradicional mercado dominical que se hacía en la plaza central sino que le dio un nuevo status al comercio de los bienes de consumo inmediato. Significaba, entonces, la consolidación y regularización cotidiana del comercio primario como la única manera de responderle a un centro urbano que económicamente había alcanzado niveles importantes de demanda y que se prefiguraba con un ambiente y dinámica notables y establecidos.

Significaba también que ya el mercado dominical no bastaba pues el volumen de intercambio, debido a los ritmos impuestos por la oferta y la demanda de aquellos bienes, exigía no sólo la disponibilidad diaria sino también un edificio y una infraestructura que pudieran albergar la inmediatez de la negociación y permitieran el seguro y adecuado almacenamiento que viabilizara la posibilidad de abastecer, constantemente, los diversos pequeños mercados y tiendas que mantenían satisfecha la demanda en cada uno de los barrios de Medellín. Significaba, pues, finalmente, más allá de recoger bajo un mismo techo a los vendedores de los toldos dominicales, la evidencia de que las formas del comercio de bienes de consumo inmediato habían alcanzado los niveles de una ciudad y que abandonaban para siempre los estrechos marcos de la Villa de la Candelaria.

Por otra parte, el crecimiento económico impulsado en las dos primeras décadas del siglo, combinado con un proceso migratorio ya funcionando (aunque alcanzaría sus puntos álgidos en la década del cincuenta) le dieron un status definido y unificado a la función del transporte férreo interregional. De esta manera asentó definitivamente su presencia en la ciudad y, también en Guayaquil, apareció el edificio de la Estación del Ferrocarril de Antioquia. Lo que era una prueba fehaciente de la importancia que el comercio de Medellín había alcanzado, desde una perspectiva nacional y, además, de la continuidad de un tráfico que ya unía con la ciudad al conjunto de

la parte económicamente más importante de la región.

Esas edificaciones, que fueron las bases de la conformación de la Plaza de Cisneros y del barrio de Guayaquil, por afinidad funcional, permitieron que en sus alrededores se ubicaran las terminales del transporte intermunicipal que diariamente traía la población campesina, principalmente desde aquellos pueblos y aldeas que no estaban conectadas al sistema ferroviario. Los inolvidables "buses escaleras", al traer de manera cotidiana aquellos a quienes las precarias condiciones de la vida rural expulsaban de sus parcelas, hicieron de Guayaquil el punto de unión entre la ciudad y el resto de municipios del departamento, con lo cual se visualizó la definitiva preeminencia de Medellín con respecto a los demás conglomerados antioqueños.

Así, pues, a través de Guayaquil llegaban a Medellín, no sólo el conjunto de bienes de consumo para una ciudad en crecimiento sino y principalmente el conjunto de sus habitantes, la mayoría de sus futuros ciudadanos. Como se sabe esa cantidad de migrantes en su absoluta mayoría eran viajeros sin regreso; venían a quedarse en Medellín, a radicarse acá y a conformar una nueva vida. No eran turistas ni agentes viajeros que pretendieran quedarse de dos a tres días en la Villa de la Candelaria y luego continuar otros itinerarios. Ellos venían a hacerse ciudadanos y, al mismo tiempo, por las condiciones históricas, venían a hacer ciudad.

Llegaban, pues, a buscar trabajo, casa, mujer, hijos; su objetivo no era transitorio: buscaban la forma de construirse su propia vida.

Cuando esta gente bajaba del "carro de escalera" no estaba terminando un viaje; la gran mayoría apenas daba el primer paso en una travesía que los llevaría a convertirse en habitantes y constructores de la ciudad y a hacer de ella, muy posiblemente, el lugar donde terminarían su existencia.

Este destino, que se trazaron casi todos ellos, fue definitivo no sólo para la consolidación de la personalidad de Guayaquil sino que además le dio la conformación decididamente urbana que el resto de la ciudad nunca pudo comprender. En efecto, este tipo de viajeros no necesitaba ese modelo de hotelería que se agota en el organizado alquiler de limpios e impersonales cuartos, dotados con todas las llamadas comodidades que encarecen el albergue y que más que proveer protección al viajero están constantemente contando los días que faltan para su salida, con el ánimo de cobrar rápidamente.

A diferencia de todos los demás sectores del Centro de la ciudad, en Guayaquil se inauguró y solidificó durante los 20 años siguientes un nuevo tipo de alojamiento; una novedosa y urbana forma de albergue que fue poblando el sector: primero con los Carré (hoteles muy bellos a más de baratos) y luego, alrededor de ellos, con ese infinito número de hoteles, hoteluchos, alojamientos, pensiones, "residencias", pasajes y piezas donde todos esos recién llegados vinieron a vivir.

La estadía en aquellos recintos —que configuraron el entorno de Guayaquil— nunca fue para nadie cosa de un día para otro. Por supuesto, ninguno de los viajeros pensaba quedarse allí definitivamente, pero siempre se les tuvo como la base desde la cual todos ellos, cada mañana, se aventuraban hacia afuera, o mejor, hacia adentro de Medellín y a los cuales regresaban por la noche; hasta el día —feliz para muchos— en que ya no se volvía más porque se había encontrado trabajo y/o vivienda en otro lugar de la ciudad. Es decir, mientras se encontraba lugar en la ciudad, Guayaquil era el sitio desde el cual se había empezado ya a vivirla.

Para muchos, sin embargo, la tardanza en encontrar esa segunda estación se fue diluyendo tanto que terminaron encontrándolo todo en Guayaquil y... allí se quedaron, para convertirse en los anfitriones de los que, más tarde, siguiendo el camino abierto por ellos mismos fueron llegando con los años, desde los pueblos.

También recibían a aquéllos que después de lograr su ubicación en otro sector de la ciudad visitaban cotidianamente a Guayaquil y sus alrededores.

Para estos últimos, no en vano, ese sitio había sido lo primero que conocieron de la ciudad y era, por tanto, lo que mejor ubicaban. Con esto, Guayaquil se fue convirtiendo en una marca urbana, un punto de referencia y un símbolo.

Por otro lado, debido fundamentalmente al tipo de dinámica económica que genera un movimiento a escala de ciudad como el que albergaba la Plaza de Mercado, Guayaquil y sus alrededores

se fueron poblando de comercio al menudeo y de pequeña industria para convertir el lugar en un gran centro de empleo, pues servía de acomodo a la más grande proliferación de pequeños almacenes, cacharrerías, depósitos, talleres, sombrererías, peluquerías, almorzaderos, sanconcherías, ventas de discos, casas de fotografía, almacenes de ropas; centros médicos y consultorios odontológicos a precios populares; teatros, cafés, cantinas y cafeterías, hasta convertir el barrio no sólo en el más dinámico sector de la ciudad, sino en el más multicolor y representativo.

Era el asiento del intercambio económico popular de la urbe. Y ya no fueron sólo el transporte férreo y el automotor intermunicipal los que llenaban el ambiente; también llegó a completar el cuadro el transporte interurbano, especialmente aquél que movilizaba desde y hacia los barrios de la periferia a la población más pobre de la ciudad. Y Guayaquil fue el puerto de un mar inexistente y de un río invisible que nunca le trajeron un barco. Funcionaba como el puerto de una ilusión que lo llevó, exactamente como a la vida, a convertirse en una realidad inmensa. Un puerto al que el horizonte, las brisas, las gaviotas y los trinos, así como las ilusiones, las esperanzas y las quimeras siempre le llegaron en la cabeza de los hombres y en sus sueños y deseos para depositarse en las paredes de sus cafés y sus cantinas. ¿Será por eso por lo que el tango y la milonga, con todos los cantores porteños, llegaron hasta él y nunca emprendieron el regreso?

Fue pues, como todo puerto, el lugar donde



la gran mayoría de la población de Medellín, esto es, aquella llamada por la jerga sociológica: "los sectores populares", alguna vez (y muchos de ellos, varias veces) fueron recibidos, o despedidos. Esos lugares, como se sabe, aquéllos de los puertos donde las lágrimas de la tristeza y la alegría ante la despedida y el reencuentro se entremezclan, son los que con mayor fuerza fundan el arraigo de los pueblos, pues en ellos se siente con mucha mayor intensidad la pertenencia al sitio.

En este marco, Guayaquil llegó a ser lo más urbano que Medellín tenía. No sólo porque en términos espaciales se había formado alrededor y en conjunción con la expresión construida más clara de los nuevos recintos y espacios requeridos y creados por el movimiento de entrada de Medellín en el ámbito urbano con la pretensión de gran ciudad, sino por haber sido el asiento inicial y/o permanente de toda la población regional que, en el acto mismo de decidirse a vivir en Medellín, demostró siempre que estaba dispuesta a asumir y a enfrentar decididamente los riesgos de recrear una ciudad.

Estos nuevos sectores sociales, al contrario de los demás de la ciudad y en especial de aquéllos que habían nacido en Medellín (los cuales casi siempre se reclamaron del Parque Berrío) se comportaban frente a la ciudad como un proyecto a construir. Por eso para ellos no había ni edificios, ni calles, ni fachadas que había que conservar sin tocar, si no eran capaces de hablar el nuevo lenguaje urbano. Tampoco tenían blasones, ni jerarquías, ni prosapias, ni intereses, ni privilegios para defender a ultranza.

En completa armonía con la reorganización estructural del conjunto de la sociedad, para el obrero y el recién migrante, fuese que viviera en Guayaquil o en algún otro barrio popular, la ciudad se empezaba a vivir como algo a crear, como algo nuevo a conquistar. Ellos mismos venían a construir su derecho a ser ciudadanos, a dejar de ser pueblerinos, provincianos, o mejor dicho, "montañeros", como gustaban denominarlos quienes habitaban la ciudad. La proliferación y la presencia de la fotografía se debía fundamentalmente a que con ella se dejaba registro de ese acceder a la vida ciudadana y no sólo simbólicamente.

También, por pura identidad de criterios con respecto a este desarrollo histórico, a Guayaquil fueron a parar todos los que desde el "sector bien" de la ciudad eran expulsados por su afinidad con el nuevo orden urbano. Y se instalaron en él la intelectualidad, la bohemia y la disolución; lo ignoto y lo extravagante; la prostituta y el culebrero; el ratero y las librerías de segunda; también el fotógrafo y el pequeño comerciante. Es decir, todas aquellas venas y arterias que en conjunto mantienen vivo el corazón de un pueblo y no sólo sus sistemas digestivo y productivo.

Como bien se sabe, las ciudades siempre han tenido el corazón, su Centro, como todo hombre que realmente viva, pendiente de un hilo, al borde del infarto, porque es en él donde con mayor

intensidad se percibe la actividad de ese cuerpo que es la ciudad.

Eso fue lo que nunca entendieron los sectores dirigentes medellinenses.

Quisieron crearle un corazón a Medellín, pero con la condición de que no se agitara y por ello siempre fueron prevenidos contra Guayaquil. Cuando se pensó en la construcción de los elementos que luego lo constituyeron, se determinó que debían ser ubicados fuera de los centros ya construidos y mitificados. La consigna era no tocar "su" Centro: ni el Parque de Bolívar, ni la Candelaria, ni la Basílica, ni la Veracruz, es decir, nada de lo que representaba la persistencia del poder ancestral sobre la ciudad.

Luego, en una actitud absurda, la sociedad de Medellín empezó a ponerle condiciones, casi todas negativas, a Guayaquil. Movimiento contradictorio porque fue Medellín la que necesitó la creación de Guayaquil para lograr ser lo que quería: UNA CIUDAD.

Sin embargo, en los círculos dominantes siempre se pensó que lo que se hacía en Guayaquil era vergonzoso y repugnante, cuando ello era la muestra de una forma de vida históricamente necesaria.

El poder nunca quiso aceptar que para lograr lo que *quería y pretendía*, era necesario Guayaquil tal como fue y no modelado en una utópica ordenación aséptica y monacal. Así como París tuvo Les Halles y así como Barcelona las Ramblas, Medellín requería a Guayaquil. Pero los dueños del poder nunca se dieron cuenta de ello.

Fue esta la expresión clara de que el propósito o la perspectiva de construir la ciudad, (que era inédita en tanto la aldea y el poblado de referencia no habían podido generar un antecedente válido), siempre se pensó dentro de un marco sumamente rígido que enfrentó la afluencia de nuevas funciones y, especialmente, de la población campesina y rural, a partir de la vigencia de una coyuntura política que tuvo como efecto inmediato, mantenido durante toda la existencia de nuestra ciudad contemporánea, la exclusión absoluta y total de cualquier tipo de participación de la población en el proceso de configuración de nuestra ciudad. Que, por otro lado, en el campo ideológico, reprimió y excluyó cualquier vestigio de las incipientes articulaciones políticas, sociales y formales que hasta antes de 1930 de alguna manera se habían empezado a configurar en nuestro medio con la cultura universal: Tomás Carrasquilla, Porfirio Barba Jacob, León de Greiff, Benjamín de la Calle, Rendón y Tejada, fueron enviados de una y otra manera al exilio. También lo fue más tarde Fernando González.

Además y en un marco como ése, los mecanismos de relación con el espacio y los aspectos formales y compositivos de lo urbano, del urbanismo, empezaron rápidamente a ser también destruidos, no sólo porque el espacio público le fue negado al ciudadano (al principio paulatinamente, hasta consolidarse hacia la segunda mitad de la década del cuarenta) sino porque el espacio

y las formas que le daban carácter rápidamente fueron destruidos para dar paso a la interpretación más desgraciada de progreso.

Segundo período: El Centro y la Planeación Urbana

Con estos antecedentes se adentró Medellín en la época comprendida entre las décadas de los 50 y 60 lapso en el cual se marcaron de manera definitiva para el país las pautas que habrían de identificarlo y determinarlo como una sociedad articulada claramente al desarrollo contemporáneo del capitalismo mundial. Durante esos años, aparte de las grandes definiciones económicas y políticas, posiblemente el proceso más importante que se generó fue el que marcó el diseño de una política clara y definitiva, no sólo con respecto al tratamiento que habría que dársele al fenómeno —ya imparable— de la urbanización del país, (tanto con respecto a distribución poblacional como a concentración económica y centralización administrativa) sino, sobre todo, en torno a la conformación del tipo de ciudad colombiana que se iba a imponer al conjunto de la ciudadanía en las épocas ulteriores.

Ciertamente, la pobreza de la concepción del fenómeno urbano que prevalecía en las demás ciudades colombianas difería muy poco de la que hemos descrito para Medellín. La incapacidad cultural y política para afrontar la construcción de un marco realmente ciudadano en nuestras urbes, era algo que unificaba el criterio de las clases dirigentes de todo el país.

Por otro lado, el proceso de concentración poblacional que durante estos años alcanzó sus puntos más álgidos, estaba también generalizado y rápidamente hizo evidente que las ciudades colombianas no sólo eran insuficientes, en términos de área, y deficientes, con respecto al aspecto ambiental, para albergar a las inmensas masas de población que las áreas rurales enviaban constantemente a estos centros, sino que mostró claramente cómo ni política ni culturalmente se encontraban preparadas para permitir un desarrollo democrático en ese sentido.

Todo esto, dentro de un marco político signado por La Violencia en la cual se sacrificaron más de 300.000 colombianos, precipitó la formulación por parte de las instancias dominantes del país de lo que pudiéramos llamar un "Programa para la ciudad colombiana" marcado con el sello indeleble de la represión y la violencia ciudadanas. Ese programa, que empezó a gestarse en el intento de responder a las tendencias tanto a ubicarse en las ciudades (orígenes del problema de la vivienda) como a ocupar el espacio libre (calles y plazas) que el conjunto de los nuevos pobladores urbanos había empezado a implementar especialmente en Bogotá; ese programa, decimos, tuvo su vigencia a partir del 9 de abril de 1948, cuando la reacción popular por el asesinato de Gaitán demostró que este país había entrado hacia mucho tiempo en una senda que lo alejaba de la ubicación espacial ancestralmente campesina, para adentrarse en el mundo de lo urbano. En este último la acción política iba a demandar un nuevo marco institucional de la dominación.

La complejidad de esa institucionalidad nos



impide mirarla en toda su extensión en estas páginas pero, para lo que nos interesa, nos basta con señalar que uno de sus elementos más importantes fue la adopción definitiva y perfectamente acordada por nuestros dirigentes, de la llamada Planeación Urbana como el paradigma y la guía de lo que debía ordenar, organizar y racionalizar el espacio urbano, no sólo en términos de permitir su más alta rentabilidad sino y especialmente en lo referente a la distribución social de ese espacio y a la implementación de la zonificación absoluta de la ciudad, para garantizar un control total sobre su dinámica.

Hemos de anotar, sin embargo, que la suscripción a la Planeación Urbana de ninguna manera significaba el reemplazo de la actitud represiva e impositiva en relación con la ordenación de la ciudad: fueron ambas trabajando en conjunto, con lo cual la imposición represiva, al encontrarse un marco racionalizador avalado por la propaganda y prestigio de los más grandes planificadores que la inmediata postguerra había producido en el mundo capitalista, al volverse más sutil se refinó.

Así el Estado de Sitio expulsó al ciudadano del espacio colectivo y la zonificación asignó el centro de la ciudad al comercio y a la función administrativa de la dominación, para finalmente entregarlo, debidamente parcelado, durante las décadas de los sesenta y setenta, a la especulación financiera e inmobiliaria.

Aunque las consecuencias negativas de una tal combinación ya hoy empiezan a ser evidentes en el conjunto de ciudades del país, en el caso particular del Centro de Medellín sus efectos no podían de ninguna manera haber sido peores.

Hemos visto, cómo, de una manera totalmente errada y cegatona, la sociedad medellinense se comportaba frente al fenómeno pujante e históricamente coherente del surgimiento de Guayaquil.

Aquella oposición al nuevo planteamiento ciudadano era, sin embargo, perfectamente estéril, además de impotente. Frente a la propuesta de Centro ciudadano presentada por los sectores más populares, esto es, frente a Guayaquil, los sectores tradicionales —que siguieron siendo los dominantes— nunca propusieron ninguna alternativa y simplemente se encascararon durante todos esos años en sus parques y plazoletas aldeanas y puebleriles, manteniéndolos encerrados con altas rejas para poder controlar el ingreso de las personas y así proteger a los jardines y la grama del ataque de los extraños, es decir, de los ciudadanos. Además no se crearon, tampoco, espacios colectivos, o siquiera públicos, que pudieran expresar sus ideas alternativas a aquéllas que se materializaban en Guayaquil. No; sus parques siguieron siendo los mismos: El de Bolívar, el de Berrío, la Plazuela Nutibara, la Plazuela de San Ignacio, la Placita de San José, la Plazuela de Zea, La Playa, y... pare de contar porque la Plazuela Uribe Uribe ya pertenecía al sector de Guayaquil y el Parque de Boston quedaba muy arriba y, por tanto, como el Parque de Belén y la hoy desaparecida Plaza de la América, perte-

necía más bien al contexto barrial. Tampoco incluimos el, últimamente tan promocionado, barrio del Prado porque urbanísticamente su distribución espacial no hace otra cosa que repetir el manido sistema de calles y carreras octogonales (como en los antiguos tiempos de la Colonia) y arquitecturalmente sus producciones, aparte de exaltar el poder económico de todos y cada uno de sus propietarios, no establece ninguna relación nueva con el ciudadano común y corriente, que es el que interesa.

De esta manera, mientras Guayaquil crecía y creaba su propia dinámica, el Centro tradicional persistía en su encerramiento tratando simplemente de mantener sus diferencias jerarquizantes. Con esta actitud, *lo que se configuró fue la total partición del Centro real de la ciudad*; partición que fue muy bien marcada: De Pichincha y Ayacucho hacia el norte y de Cundinamarca y Carabobo hacia el oriente se mantenía y conservaba el Centro-Centro: el aristocrático, el limpio, el educado y el mostrable; de Pichincha y Maturín hacia el sur y de El Palo y Palacé hacia el occidente todo tenía connotaciones negativas: Guayaquil y la Plaza de mercado; los barrios San Diego y Colón; el Pedrero y la Bayadera; Barrio Triste y la Estación del Ferrocarril; Amador y San Juan; Maturín, La Alhambra, Cúcuta, Cundinamarca, el Pasaje Sucre y Tenerife; La Asomadera, el Camellón de Guaneros y la Plazuela del Huevo; el Teatro Balcanes, el Colón, el Granada y el Medellín; todo, todos ellos fueron estigmatizados con alusiones peyorativas.

Tal escisión hace resaltar a Medellín como un caso sui géneris, por lo absurdo, en el contexto de las cuatro más grandes ciudades del país. En efecto, siendo su extensión la más reducida y con menos probabilidades de explayarse, dada su ubicación y conformación geográfica, por la persistencia de esquemas ideológicos pretendió, más bien que unificar y fortalecer un Centro que la identificara, mantener dos centros perfectamente diferenciables.

Así, Junín y Palacé y Carabobo y Bolívar, en vez de ser los naturales bulevares de comunicación y unificación del Centro de la Ciudad, se convirtieron en canales donde se ubicaban algunas esclusas para marcar barreras invisibles pero infranqueables, hasta donde llegaban los distintos sectores sociales. Y, por ejemplo, el Palacio Nacional antes que servir como una marca de identificación y orientación para los ciudadanos se convirtió en el lugar donde la locura y el desespero que inducía en aquéllos la urbe paisa hacían crisis mortal y los inmolaban.

Esta partición signó para siempre con connotaciones peyorativas los planteamientos y realizaciones populares con respecto al centro urbano, mientras que el sector tradicional permaneció cerrado al ciudadano común y corriente, condicionándole su uso a la aceptación ideológica de una concepción de las relaciones ciudadano-espacio urbano perfectamente codificada en las cartillas de urbanidad, de la compostura y la disciplina.

A lo anterior hay que agregar ese desigmo insular que siempre caracterizó, hasta hace muy

pocos años, la composición poblacional de Medellín. Aquí, a diferencia de casi todas las grandes ciudades del país, todos hemos sido antioqueños con lo cual la influencia siempre bienhechora de la convivencia con otros ámbitos culturales, la "variedad de subculturas" de que habla Alexander, casi siempre estuvo excluida de nuestro *modus vivendi* y nos mantuvimos en la persistencia de un egocentrismo generalmente cargado de tenacidad conservadora.

Una gran autosuficiencia que muchas veces no estuvo exenta de xenofobia nos mantuvo aislados, creyendo que los únicos valores a mantener y buscar, en una concepción unívoca de la existencia, eran aquéllos que auguraban y aseguraban un futuro individual tranquilo, en especial en términos económicos.

Incluso, por una gran paradoja, en las décadas en las que la región logró alcanzar los lugares de vanguardia y de liderazgo en el desarrollo económico de la nación, los más propicios para construir una concepción urbana de lo urbano, a mediados de los cuarenta, siempre se quedó a la zaga de los desarrollos culturales y políticos y quién sabe si habría que decir que lo primero se logró a costa de lo segundo.

Todo esto funcionando en forma combinada mató, en una época tan temprana como la mitad del siglo, algo que es fundamental cuando de fundar un Centro urbano se trata: la posibilidad de encontrar un ambiente de identidad y desarrollo cultural y unas bases de arraigo que unificadamente se le brinden a la población, vale decir, al conjunto de ciudadanos.

Por el contrario lo que se fortaleció fue la despersonalización más absoluta de la ciudad y la desorientación más grande para el individuo pues nunca encontró allí, en el Centro, las marcas y los símbolos que le permitieran establecer una lectura de su ciudad. En estas condiciones tanto la ciudad como sus habitantes, en sus relaciones, fueron presa fácil del Estado de Sitio y de la Planeación Urbana.

En efecto, el primero, con las dictaduras que empezaron a finales de la década del cuarenta y la instauración del Frente Nacional a finales de los cincuenta, eliminó las multitudinarias manifestaciones políticas de la tercera y cuarta década y controló su realización mediatizada en los parques de Berrío y Bolívar y las prohibió en Guayaquil. Con ello también perdió el Centro la oportunidad de compenetrarse con el quehacer político de la población.

Con respecto a la incidencia de la Planeación urbana hemos de decir que en un ambiente social como el que hemos descrito, en el que el hecho urbano y sus consecuencias naturales siempre se miraban con reticencia, combinado con una tenaz insistencia en mantener cerrado para la población el espacio, aún puebleril, que albergaba la ciudad en su seno desde épocas ancestrales, crearon una atmósfera en la cual el inicio y primer desarrollo de las profesiones que tenían que responder por la conformación y la calidad del espacio urbano, esto es, la arquitectura y el urba-

nismo, se dieran en una perspectiva en la cual la investigación, el conocimiento y el respeto por los valores culturales y antropológicos de la población fueron comp'etamente ignorados. Y esto no sólo porque los pioneros autóctonos de aquellas disciplinas fueron formados fuera de su ciudad (en Bogotá o en el extranjero) sino porque el status que le dimos a nuestra cultura siempre fue muy deleznable. Además, hay que agregar a ello que, por una desfortuna aún no explicada, dichas profesiones, hasta hace muy pocos años, fueron identificadas con una aureola elitizante que hizo que a ellas no ingresaran, durante mucho tiempo, estudiantes de los sectores sociales medios y populares.

Ese mismo sentido jerarquizante y elitista que rodeaba dichas carreras, pretendió sobrevalorar la capacidad intelectual individual de sus practicantes con lo cual, casi desde el principio, les privó de un espíritu crítico y riguroso. Esto los mantuvo siempre encerrados en una práctica profesionalmente ecléctica y mecánicamente repetitiva de toda cuanta forma y arquitectura se puso (y se pone) de moda en los ámbitos del poder internacional, sin hacer la más mínima consideración reflexiva sobre su conveniencia para la ciudad. De esta manera, nunca se pudo constituir el necesario vínculo entre el arquitecto y el urbanista y la población con su cultura y evolución; y el arquitecto, encerrado en su torre de marfil, renunció a la posibilidad de jugar, a nivel social, su correspondiente papel de intérprete y ordenador del diseño de una cultura y a la oportunidad de contribuir a la conformación ambiental de la ciudad, para terminar simplificando, reduciendo y enanizando esa responsabilidad a la peregrina vinculación profesional-cliente individual, en aras de un obtuso éxito personal y económico.

En este marco se reemplazaron aquellos magníficos artesanos (algunos de ellos incluso con título de arquitectos) que durante las tres o cuatro primeras décadas de esta centuria se murieron tratando de recrear las formas arquitectónicas importadas de Europa para darnos una identidad ciudadana y cuyos últimos exponentes nos dejaron hasta la arquitectura republicana. Fueron reemplazados por una pléyade de profesionales para quienes (con algunas muy honrosas excepciones) aquellas inquietudes estéticas no tenían (nunca tuvieron) ninguna significación ante la urgencia y la presencia del rendimiento económico y cuyas especulaciones estetizantes —validas casi siempre sólo de una referencia revisteril a la arquitectura de moda— nunca lograron encontrarse con la necesidad concreta de la construcción ambiental y formal de la ciudad, pues estaban (aún hoy están) sumidos en un despliegue individualista y aislado de su oficio.

En un contexto como éste, era apenas natural que los flamantes planes de organización de la ciudad de Wiener y Sert, con ser que siempre contaron con el obsecuente apoyo de todas las administraciones, nunca pudieron (no podían, por no tener ningún interés en responder a las necesidades ciudadanas) darnos un ambiente ciudadano, un centro de la ciudad para los medellinenses.

Todas estas circunstancias se fueron represando y, de cierta manera, incubando al calor de un desarrollo económico en relativo apogeo, de tal manera que cuando la crisis urbana, motivada por la forma que tomó aquel desarrollo, estalló, es decir, hacia finales de la década del 60, nuestra ciudad se encontró indefensa para enfrentar lo que se llamó la "explosión urbana"; y así se optó por la implementación, en lo concerniente al desarrollo y la planeación, del más lamentable, simplista y agresivo concepto de desarrollo urbano, dando inicio a un movimiento de destrucción del Centro que aún no termina y que nos tiene desolados.

Bajo esa desgraciada ilusión de crecimiento, la arquitectura y el urbanismo fueron simplificados en la construcción de enormes torres que se le fueron clavando al Centro de la ciudad en un frenesí sin precedentes; y las calles, que antes, de alguna manera, guardaban proporciones de escala con el entorno, tuvieron que desaparecer para dejar paso a unas avenidas que siempre agreden al ciudadano.

La carrera Bolívar fue la que sufrió el primer embate, que fue contundente y se inauguró

así el deterioro que ahora continúa la Avenida Oriental y que se proyecta seguir con la estúpida ampliación de Ayacucho.

En ese momento sí se expusieron los parques y plazoletas, pero a la voracidad del capital inmobiliario y financiero que así se aprovechaban de la labor de centinela que la posición reaccionaria de los años 40 y 50 había jugado hasta ese momento. En esta forma empezó el encogimiento y desaparición de las áreas libres que nos deja en este momento con menos de 10 manzanas de terreno funcionando como parques en todo el Centro de la ciudad, incluyendo en eso, para ser optimistas, hasta el de Boston.

Y así, si durante los años comprendidos entre 1930 y 1960 nunca se pensó en la construcción de monumentos y símbolos ciudadanos porque se creyó que bastaba con las torres de las iglesias y los parques (aunque cerrados), en los últimos 20 años, el afán por ocupar hasta el último centímetro cuadrado de terreno con edificación rentable, ha ahogado la más mínima solicitud por su construcción, al tiempo que ha hecho desaparecer los parques y plazoletas, los atrios y plazoletas, ocultando de paso las únicas marcas urbanas que se percibían: las torres de las iglesias.

